

...recuerde el alma dormida

# La Torre de la inmortalidad

## I

Como una proa emerges en la Tierra de Campos  
con la luz de los días que lentamente evocan  
la tristeza del barro y los ardores del viento  
en tu impasible rostro de arcilla maltratada.

Fija en un tiempo que ya ni pasa ni regresa  
frente a la vida que, bajo los tejados, parte  
su pan de amor caliente duelos y esperanzas  
de risas callejeras y voces que maldicen.

En tu esquina de ciego te acompaña la noche,  
la lluvia que acaricia tu cascarón de piedra,  
el clamor del ocaso, lejanos traqueteos  
del carro que transita los caminos de siempre.

Y esa mirada lenta de todos los que pasan  
midiendo la distancia de siglos amansados  
con sólo esa presencia vertical y silente  
con que sin prisa te alzas por un cielo constante.

## II

Una mano de ausencia te arrancó la campana  
hundiendo en el silencio la vida de unos hombres  
que van y vienen domesticados por la muerte  
buscando a su Dios por un surco interminable.

¡Qué sueño de aleluyas guardarán tus maderas  
picadas por la garra del polvo y el vacío  
cuando ya no hay respuesta para esa voz que dicta  
con las figuras del retablo un lánguido credo!

Panera de silencios la torre quebrantada  
acurruca los santos mutilados y tristes,  
los estandartes viajeros de un negruzco dorado  
vencidos gladiadores de antiguas romerías.

Anclada en esta espera, quizá Dios aún regrese  
con su soplo final desde el monte más lejano  
redimiendo en la luz de su mirada eterna  
el tiempo y el olvido que ya no comprendemos.

Becerril de Campos, 1968.  
ANDRÉS G. NIÑO